

riano, oficial del emperador, nacido en el paganismo, pide su mano. Cecilia, inspirada por la gracia, acepta la proposición, convierte á su prometido, y ambos prometen al Señor una continencia perpetua. Tiburcio, hermano de Valeriano, cede también á las dulces exhortaciones de su cuñada, y recibe el bautismo. El ruido de esta doble victoria se extiende por todas partes, y los neófitos quedan desde luego arrebatados. El centurion Máximo, que les conduce al suplicio, se conmueve tanto con sus palabras y su valor, que también se convierte, y condenado al punto, mezcla su sangre con la sangre de sus prisioneros.

Quedaba todavía la joven heroína, principal instrumento de aquellos triunfos. Se dió orden de mandarla buscar; los perseguidores se trasladan más allá del Tiber á la casa de Cecilia, que está condenada á muerte. Por consideración á su alto nacimiento, se empleó, para hacerla espirar, un género de suplicio conocido de los romanos cuando se trataba de las mujeres, y sobre todo de las mujeres de calidad. Fué encerrada en el *sudatorium* de sus baños. Esta pieza, que se encuentra en todos los baños, y cuyo modelo se ve todavía en Pompeya, estaba herméticamente cerrada y se calentaba por medio de un calorífico. Se fué elevando de tal modo el foco, que la santa debía ser sufocada en pocas horas; mas no sucedió así, y al cabo de tres días, salió llena de vida de su ardiente tumba. Entónces el juez mandó cortarla la cabeza; el verdugo descargó tres golpes, que sea por refinamiento de crueldad de parte del tirano, sea por efecto de un milagro, la dejaron vivir durante tres días. La heroína mártir se aprovechó de este tiempo para seguir su misión. Un gran número de paganos se convirtieron y recibieron en la misma casa de Cecilia la gracia del bautismo de manos del

papa San Urbano, y fué restaurada por San Gregorio Magno; y esta iglesia, ya por esto tan venerable, lo llegó á ser mucho más aún bajo el reinado de San Pascual.

Los cuerpos de los santos mártires habían sido sepultados en las catacumbas de Pretextado; pero se ignoraba el lugar de sus sepulcros. Cecilia lo dió á conocer al vicario de Jesucristo, quien despues de largas investigaciones, llegó á descubrirlo. El *loculus* de Santa Cecilia contenía el cuerpo de la ilustre mártir, envuelto en vestidos bordados de oro, teñidos en su sangre; á sus piés había lienzos enrollados, igualmente empapados en sangre. Los cuerpos de San Valeriano, de Tiburcio, de Máximo, y de los papas San Urbano y San Luciano, fueron también encontrados por el dichoso Pontífice. En los días de sus triunfos, Roma pagana no estalló jamás con una alegría igual á la de Roma cristiana, cuando entraron dentro de sus muros los gloriosos vencedores de la idolatría. Todos fueron depositados en la iglesia de Santa Cecilia, la cual mandó reedificar enteramente San Pascual, á fin de hacerla más digna del sagrado depósito que ella debía guardar.

Enriquecidos con aquellos conocimientos, reclamados por el espíritu, y sobre todo por el corazón del viajero cristiano, entramos á la iglesia tantas veces monumental. Abajo de los escalones del coro se abre la cripta venerable en donde descansa el cuerpo de Santa Cecilia. Está en una caja de ciprés, encerrada dentro de otra de plata, cuyo valor es de cuatro mil doncientos noventa y dos escudos de oro; este homenaje del papa Urbano II, ha sido milagrosamente conservado por intercesión de la santa mártir. La bella estatua de mármol blanco, de Estéban Maderne, representa á la santa acostada de lado, como fué encontrada cuando en el siglo

XVI el cardenal Sfondrat abrió su sepulcro. Este príncipe de la Iglesia, titular de Santa Cecilia, enriqueció la confesión de la ilustre mártir con noventa lámparas de plata que arden día y noche; y su iglesia, con una gran cantidad de insignes reliquias, de que hablaremos muy pronto.

Despues de haber orado en la tumba de la heroína de la fe, quisimos ver el lugar de su triunfo. Está éste en frente de la sacristía, y puede tener 18 piés de longitud y 6 de latitud. En el fondo existen las mismas paredes, las mismas dimensiones, el mismo pavimento de mosaico hollado por los piés desnudos de la santa y de sus verdugos. A fin de que nada falte á la veneración del peregrino en el inmortal *sudatorium*, hay una reja de hierro que señala el lugar ocupado por el fogón y por la caldera de donde se desprendía el vapor homicida. Si nuestros turistas estuviesen en el cuarto en donde Sócrates bebió la cicuta, no agotarían sus impresiones; y se querría que el cristiano quedase mudo é insensible en aquellos lugares consagrados por la muerte muy más heroica de sus padres, de sus hermanos, de sus hermanas en la fe? Pero la pluma no puede expresarlas; al corazón toca sentir las.

Tal es en parte la gloria interior de la iglesia de Santa Cecilia; su gloria exterior brilla en las pinturas que la adornan. En el pórtico se ve, por una parte, á la santa revelando el lugar de su sepulcro al papa Pascual, y por otra, la traslación de sus reliquias al santuario que le está consagrado. Este monumento del arte es de gran interés; pero ha sufrido y es de desearse que se le traslade á un lugar en donde cese de estar expuesto á las injurias del tiempo, sin lo cual dentro de muy poco casi nada quedará de él.

Un soberbio mosaico adorna el arco absideal y el coro de la iglesia. En el centro del arco aparece la Reina de las vírgenes

sentada en un brillante trono de pedrería. En el regazo de su divina Madre, está en pié el Niño Jesus, con el rostro vuelto hacia el espectador. A la derecha y á la izquierda del trono de María están parados dos ángeles con las alas extendidas. Mas lejos vienen por uno y otro lado cinco vírgenes coronadas, vestidas con lienzos flotantes llevando en sus manos, cubiertas por un velo, especie de panes redondos, símbolo del trabajo y de la caridad. Entre cada virgen se levanta una palmera cuyas ramas son atributo de la victoria. ¿Podía estar mejor colocada que en un dibujo consagrado á la gloria de una virgen mártir? En los extremos del arco se dibujan dos ciudades adornadas con lámparas suspendidas en las puertas, Bethleem y Jerusalem, de donde salieron la vida, la salvación, la luz del género humano, y de donde en cierto sentido, deben salir todos los hombres para llegar al trono de Dios en la patria celestial.

Abajo del arco, veis en la cúspide de las pilastras á dos personajes vestidos con grandes ropajes levantando cada uno una corona, hacia el trono de la Reina de los ángeles y de los hombres. Los doce Apóstoles representan aquí en toda la duración de su existencia, á la Iglesia católica que se reconoce humildemente deudora de sus victorias y de su inmortalidad á la Reina de los cielos; tales son las misteriosas y magníficas pinturas del arco triunfal. El coro no es menos rico. En el punto mas elevado, en medio de dos soberbias guirnaldas que forman un cuadro, brilla el monograma del papa S. Pascual P, L. Desde lo alto del cielo aparece la mano misteriosa, emblema de la Divinidad, depositando una corona de diamantes en la cabeza de Nuestro Señor que está en pié. El Salvador tiene con la mano izquierda un libro enrollado y con la derecha bendice á la manera de los Griegos, es decir, que el pulgar

y el dedo anular están reunidos, mientras los demás están extendidos. Se sabe que los Latinos bendicen extendiendo el pulgar, el índice y el dedo del centro, y cierran los demás. De una y otra manera, la Iglesia de Oriente y la Iglesia de Occidente proclaman el misterio de la Santa Trinidad. Mas no es éste el único mérito de la particularidad que señalamos; ella prueba también que los mosaicos de Santa Cecilia son obra de un artista griego y que son de la época remota á que se refieren.

A la derecha del Salvador se ve á San Pablo, cuya mano derecha cuelga naturalmente, mientras con la izquierda, apoyada en su pecho, tiene un libro, símbolo de la doctrina. El gran Apóstol está seguido de una joven virgen que lleva el traje de las emperatrices, con collares de diamantes alrededor del cuello, y la aureola circular adorna su cabeza enriquecida con una corona de perlas. Esta virgen es Santa Agata, cotitular de la basílica. A su derecha viene el papa San Pascual, que lleva consigo el modelo de la iglesia, y tiene en la cabeza la aureola cuadrangular, signo distintivo de los personajes vivos. Detrás de él una palmera desenvuelve sus ramas majestuosas, entre las cuales se ve un fénix, emblema de la resurrección. A la izquierda de Nuestro Señor aparece San Pedro teniendo las llaves y acompañado de San Valeriano y de Santa Cecilia, llevando uno y otra en sus manos la corona comprada á precio de su sangre. El centro de la orilla inferior presenta el Cordero de Dios, que tiene en la cabeza el monograma de Nuestro Señor; de cada lado vienen seis corderos hácia él, y salen de dos ciudades semejantes por el modelo á aquellas de que ya hemos hablado ¹.

El conjunto armonioso de la composición, la sencillez, la energía, ó por mejor decir, la transparencia de los emblemas, la

¹ Ciamp. monim veter., t. II. c. 26.

magnificencia de las decoraciones y el brillo de los colores, hacen de aquel mosaico uno de los más bellos monumentos de nuestra antigüedad religiosa. ¡Qué diferencia entre esta manera sencilla, fácil, sublime de los artistas cristianos y la de nuestros artistas modernos! ¿De dónde viene que éstos últimos no tienen bastante gusto para ir á buscar sus modelos religiosos en nuestros siglos de fe? Como la mayor parte de las iglesias de Roma, Santa Cecilia es, no solamente un museo y una galería, sino también un relicario. Sería un trabajo muy largo enumerar los santos y los mártires, cuyos venerables restos, recogidos por el cardenal Sfondrat, enriquecen la santa basílica. Baste saber que todos los órdenes de bienaventurados tienen aquí sus representantes, como para felicitar á la ilustre virgen, por su glorioso triunfo, para afirmar también la fe del peregrino, reanimar su valor y muchas veces hacerle avergonzar de su pusilanimidad.

Al salir de la iglesia conviene examinar en el antiguo átrio, uno de aquellos grandes vasos de mármol, llamados *cantinari*, que servían de fuente para la ablución de los fieles. El de Santa Cecilia está bien conservado y recuerda, por el uso á que estaba destinado, el religioso temor y la inocencia sin mancha que nuestros padres se empeñaban en llevar al templo santo.

¡Singular destino de los lugares en que estamos! Antiguos testigos del valor de Múcio Scévola, fueron precio de su abnegación ¹; y convertidos bajo el cristianismo en el teatro de una abnegación más noble, están consagrados á perpetuar su recuerdo. El heroísmo de la virginidad y del martirio, y el heroísmo acaso igualmente

¹ Aquí estaban, como es sabido, los prados de los cuales la república hizo un presente á Múcio Scévola por precio de su valor. Se cree que en el lugar mismo en donde se encuentra el *Ponte rotto*, allí tuvo lugar el acto heroico del célebre Romano.

grande de la pobreza y de la humillación voluntarias, reciben allí los homenajes que merecen. A Clélia y á Múcio Scévola suceden Santa Cecilia y San Francisco de Asís, cuyas virtudes, inspiradas por la fe, han conquistado para su gloria aquella parte del Trastévère. Una corta distancia nos separaba de la iglesia de *San Francisco á Ripa*. En el fondo de esta humilde morada, está un pequeño santuario desde donde se exhala no sé qué perfume de santidad que penetra y que embalsama el alma y los sentidos; ya he nombrado el cuarto de San Francisco de Asís. Cualquiera que sean tu país, tu creencia y tu nombre, oh peregrino, quítate aquí el calzado; tú vas á entrar en la morada de un héroe, de un santo, sublime instrumento de la Providencia en la obra de la civilización. Tus piés pisan el mismo suelo, tus ojos ven las mismas paredes, el mismo techo; tus manos tocan la misma puerta de madera, la misma piedra que le sirvió de almohada; en una palabra, estás rodeado de todos los objetos testigos de las oraciones, de los suspiros, de las austeridades, de los éxtasis del seráfico patriarca; espectáculo dos veces elocuente que te revela el secreto de llegar á ser un grande hombre, enseñándote que Dios escoje siempre, para obrar cosas maravillosas, á los pequeños y á los humildes.

En este cuarto venerable, transformado en capilla, descansan veintiocho cuerpos santos con una cantidad de reliquias preciosas, que puestas en aparadores giratorios, se ofrecieron á nuestras miradas y á nuestra piedad. Uno de los religiosos que nos acompañaba, recorrió una cortina colocada detrás del altar, y vimos el verdadero retrato de San Francisco de Asís; se cree que es contemporáneo del ilustre fundador. Los claustros del convento representan en frescos numerosos, á los papas, á los cardenales, á los hombres ilustres, á

los santos y á los mártires de la órden. Esta es para los buenos padres una galería de familia, cuya vista, estoy cierto de ello, ha hecho germinar más de una virtud, y ha dado valor para más de un sacrificio. El mundo saca provecho de esto, y como ingrato que es, olvida con demasiada frecuencia la religión que las inspira.

19 DE ENERO.

Santa María in Trastévère.—*Taberna meritoria.*—Rescripto de Alejandro Severo.—Milagro de la fuente de aceite.—Pruebas.—Primera iglesia de Roma dedicada á la Santa Virgen.—Vista de la fuente.—Inscripciones.—Mosaicos.—Tumbas.—Reliquias de Mártires.—Los Trastiberinos.—San Pedro *in Montorio*.

El Tíber nos volvió á ver en sus orillas. Dejando á la izquierda á Santa Cecilia y á San Francisco, que habíamos ya visto, y á San Miguel, que veremos mas tarde, llegamos prontamente á Santa María *in Trastévère*. Esta iglesia presenta una rica cosecha para el anticuario, y sobre todo para el cristiano. En el lugar mismo en que se levanta, se veía en otro tiempo la *Taberna meritoria*, especie de hospital de soldados inválidos, y de tienda ó almacén público en donde se depositaban las mercancías ¹. Sea por razón del prodigio de que quiero hablar, sea por cualquiera otra causa, este almacén quedó abandonado. Los cristianos que tenían grande interés en poseer este lugar, lo tomaron en arrendamiento y concluyeron el oratorio; pero los taberneros de la vecindad tuvieron á bien inquietarles y arrojarles de él. Este negocio fué llevado al tribunal del emperador Alejandro, quien dió el rescripto si-

¹ *Tabernæ meritoriae*, quæ vulgo *diversoria* vel *fullonica* appellantur. *Cod., Lex Si ususfructus*, § 16.

guiente: «Vale más que Dios sea honrado, como quiera que sea, en la *Taberna meritoria*, que entregarla en manos de los taberneros 1.» Los cristianos, dueños ya de este lugar tan deseado, se apresuraron á edificar en él una iglesia, que fué consagrada en 224 por el papa San Calixto y dedicada á la Virgen Madre; ella fué la primera que vió levantar Roma en honor de la Reina del cielo 2.

¿De dónde venia á los fieles este ardiente deseo de poseer la *Taberna meritoria*, y de consagrarla con un monumento religioso? La historia profana y la historia sagrada responden acordes.

Bajo el reinado de Augusto, cuando Dios tenía al mundo como en suspenso por multiplicados prodigios; cuando el Occidente resonaba con los oráculos de la sibyla de Cúmas, popularizados por virgilio, y cuando el Oriente tenía sus miradas vueltas hácia la Judea, desde donde las antiguas tradiciones anunciaban la próxima salida del dominador del universo; en aquel momento solemne, Roma vió brotar repentinamente en el lugar ocupado por la *Taberna meritoria*, una fuente de aceite que corrió durante un día entero con tanta abundancia, que bajaba hasta el Tíber 3. Los paganos registraron este hecho entre los acontecimientos extraordinarios que señalaban el reinado de Augusto, sin comprender el sentido de las antiguas tradiciones 4. Este sentido consolador no fué

1 Rescripsit melius esse ut quomodocumque illic Deus collatur, quam popinariis dedatur.—Lamprid., in *Alex.*

2 Illic nobilem ecclesiam erexerunt sanctissimæ Virginis Dei genetricis partui, olim eo prodigio præsignato, religiosissime consecrandam.—Bar. ann. 224, n. V.

3 Anno tertio Romæ et taberna meritoria trans Tiberim oleum e terra erupit, fluxitque toto die sine intermissione.—Euseb., in *Chron.* Así hablan Dion Cassio, Tiron Prosper, Idacio, Orosio, Eutropio, Anastasio, Raban Maur, etc., etc. Plin., *Hist.*, lib. II, c. XXXI; Dio, *Hist. rom.*, lib., XLVII.

ignorado por los cristianos. En aquella fuente de aceite, milagrosamente salida del seno de la tierra, en el centro del cuartel de Roma, habitado por los hijos de Abraham en un lugar de comercio en donde los debia haber en gran número, así como tambien paganos, veian con razon la eterna misericordia de Dios, que nunca ha dejado á su Hijo sin testimonio, y el anuncio perfectamente simbólico del nacimiento del Cristo, sucedido poco tiempo despues. «En efecto, añade Orósio, Cristo quiere decir unguento, y este aceite milagroso anunciaba al unguento por excelencia, al Hijo de Dios que iba á nacer bajo el reinado de Augusto, y á los cristianos, *uncti*, que debian perpetuarlo en el imperio. Este aceite sale de la *Taberna meritoria*, punto de reunion entre los judíos y los paganos y figura de la Iglesia, compuesta de los gentiles y de los hijos de Israel 1.»

Tal es el hecho milagroso que apoyado desde luego en el doble testimonio de la historia profana y de la historia sagrada, y despues sometido veinte veces al examen de la crítica más austera, ha atravesado diez y ocho siglos sin perder nada de su autenticidad. Hoy todavía esplica y justifica el ardor de otro modo inexplicable de los primeros cristianos en poseer el lugar mismo con que aquel hecho habia tenido lugar 2.

1 Quo signo, quid evidentiis quam in diebus Caesaris toto orbe segnantis futura Christi natiuitas declarata est Christus enim unctus interpretatur, Itaque cum eotempore, quo Caesari perpetua tribunitia potestas decreta est, Romæ fons olei per totum diem defluxit; sub principatu Caesaris romanoque imperio per totum diem, id est, per omni Romani tempus imperii, Christum, et ex eo christianos, id est unctum et ex eo unctos, de meritoria Taberna, hoc est de hospitali largaque ecclesia affluenter atque incessabiliter processeros, etc.—Oros., *Hist.*, lib. VI, c. XX.

2 Los principales autores que han examinado este hecho son: Pietro Moretti, *Historia hujus prodigii elucid. et defend.*, Romæ 1867.—Panvinius, *de septem urbis Ecclesiis*, p. 81.—Donat., *Roma vetus*, e. c. lib. III, c. XXI.—Pia-

Con su acostumbrada solitud ha velado Roma sobre este lugar venerable. Aunque restaurada muchas veces la iglesia edificada por San Calixto, conserva siempre en su recinto y protege con sus paredes sagradas el lugar de donde salió la fuente milagrosa. El viajero no puede dejar de encontrarla, porque numerosas inscripciones, adornos de marmol y de bronce, y sobre todo la piedad de los peregrinos, se la señalan por todas partes. Nosotros la vimos; y el momento en que nos fué dado contemplarla, queda en nuestra memoria como uno de los gozes de la peregrinacion.

Cuando esteis al empezar los escalones de pórfido que conducen al santuario, veis á la derecha en el pavimento una abertura circular guarnecida de una reja y cuyo orificio revestido de marmol blanco puede tener dos piés de diámetro: Encima de él se lee: *Fons olei*, fuente de aceite.

A la derecha:

Hinc oleum fluxit, cum Christus Virgine: luxit.

«De aquí brotó una fuente de aceite, cuando nació, de la Virgen, el Cristo.»

A la izquierda:

Nascitur hic oleum, Deus ut de Virgine: utroque Oleo sacra est Roma terrarum caput.

«De aquí sale el aceite cuando Dios nace de la Virgen: Por esta doble uncion Roma ha sido consagrada Reina del mundo.»

La voz milagrosa que se levanta del seno de la tierra, se eleva hasta las bóvedas de la basílica y desde allí vuelve á bajar en olas de poesia. El mosaico del santuario repite estos acentos:

zza, *Gerarchia cardinalizia*, p. 164.—De Berardesca, *In collectionione miraculorum, que in Christi natiuitate visa sunt*, Neapoli, 1553.—Trombelli, *Vita B. Virg.*, t. II, p. 317, 323. Mazzolari, *Basiliche sacre*, t. VI, p. 297.—Constanti, *Instituz.*, etc. t. II, p. 40.—Cancellieri, *Notte di Natale*, p. 12.—Baron, *Apparatus ad Ann. eccl.*, p. 7.; id. *Ann. ann.*, 221.—Benedicto XIV, *de Feste Natal. Domini*. El sabio pontifice se expresa en estos términos: «Nulla de veritate miraculi dubitatio, etc.» n. 53.

Jam puerum, jam summe Pater, post tempora natum,
Accipimus genitum, tibi quem nos esse coævum
Credimus, hinc olei scaturire liquamina Tiberim.

«Por fin, ¡oh Padre Todopoderoso, por fin posemos á ese mismo nacido en la plenitud de los tiempos y á quien cremos eterno como vos; para anunciarle, brotó desde este lugar hasta el Tíber una fuente de aceite.»

La fachada exterior es correspondiente; es la basílica misma que personificándose repentinamente, canta su dicha y su gloria:

Dum tenet emeritus mi les, sum magna Taberna;
Sed dum Virgo tenet me, major nuncupor et sum:
Tunc oleum fluo, significans magnam pietatem
Christi nascentis, nunc trado petentibus ipsam.

«Mientras me ocupa el soldado jubilado, soy el *grande hospicio*; mientras me ocupa María, me llamo más grande aún, y la siglo, y entónces produzco el aceite, emblema de la gran misericordia del Cristo que nace, y entretanto lo doy á los que me lo piden.»

Esto no es bastante; adonde quiera que se vuelvan las miradas y se fije el oido, se palpa el testimonio del milagro. Encima del magnífico entablonado de la capilla, Aldobrandini, cercana al altar mayor, brillaba esta inscripcion:

In hac prima Matris aede,
Taberna olim meritoria
Olei fons e solo erumpens
Christi ortum protendit.

«En este primer templo de María, en otro tiempo la *Taberna meritoria*, una fuente de aceite que brotó del seno de la tierra anunció la venida del Cristo.»

Absorto por este gran recuerdo, apenas puede el viajero ocuparse de las localidades materiales de la antigua iglesia. Los preciosos mosaicos de la fachada exterior datan del siglo doce, y representan á la *Virgen Santa*, al *Niño Jesus* y á las *diez vírgenes del Evangelio*. En los mosaicos del coro, tambien de gran belleza, figura el papa Incencio II, restaurador de la Igle-

sia en 1139. El cardenal Altemps, titular de esta basílica, la enriqueció con el cuadro de la *Asunción*. Se considera este fresco del Dominiquino como uno de los primeros de Roma, por sus coloridos y la perspectiva. Las magníficas columnas de granito que sostienen el edificio, provienen de los baños de Ampélida ó de Prisciliana; 1 esos ópimos despojos del paganismo voluptuoso, están bien colocados en un templo dedicado á la Reina de las vírgenes. El techo resplandece de dorados, mientras el pavimento de pórfido, de verde antiguo de otros mármoles exquisitos, se dibuja como una rica azotea. Entre las tumbas observamos cerca de la sacristía la del cardenal de Alençon, hermano de Felipe el Hermoso, monumento curioso de la arquitectura, de la escultura y de la pintura del siglo décimo cuarto. No ménos interesante para el arqueólogo es la piedra sepulcral del sábio y piadoso Bottari, prefecto de la Vaticana, y tan justamente célebre por sus trabajos en las catacumbas.

Cerca del altar se conserva la piedra con que fué precipitado el papa Calixto, al pozo en donde se consumó su glorioso martirio; puede tener cerca de cien libras, comprendiendo la cadena. El mismo santo pontífice descansa bajo el altar, con sus ilustres sucesores Julio y Cornelio, mártires como él; y los santos Calépodo y Quirino, el primero sacerdote, el segundo obispo, y ambos mártires. En las diferentes partes de la iglesia, habita una legión de santos de todas las gerarquías. Los doce Apóstoles están allí presentes en una parte de sus restos sagrados, San Estéban, San Lorenzo, San Astero, San Sixto, San Ignacio y otros muchos, representan allí el orden de los mártires; San Crisóstomo, San Gerónimo, San Enrique, San Severino, San Francisco de Paula y San Felipe Neri, el de los pontífices y el de los sa-

1 Nard *Rom antic.* p. 414

cerdotes; en fin, Santa Margarita, Santa Inés, Santa Rufina, Santa Prudenciana, Santa Aurelia, Santa Balbina, Santa Justina, forman un coro de vírgenes al rededor de su augusta Reina

De Santa María, nos dirigimos hácia San Pedro *in Montorio*. Para llegar allí fué necesario seguir la *Longara*, inmensa calle que atraviesa todo el Trastiberino, y pudimos ver el tipo bien caracterizado de los habitantes de aquel cuartel. Los *Trasteverini* se creen descendientes de los antiguos romanos, y esta pretension no carece de fundamento. Fieros y atrevidos, conservan los vestigios de la energía y de la grandeza de sus antepasados. Se cuenta que un suizo de la guardia pontificia apartaba á un curioso, de esos hombres, que trataba ver muy de cerca al Santo Padre. El trastiberino haciéndose para atrás, apostrotó así al alabardero: *¡Barbaro, son di sangue romano anche trofano!... ¡Barbaro, soy de sangre romana aunque troyano!* Se encuentra en su lenguaje una mezcla de imaginacion y de recuerdos de la antigüedad, que parece una herencia de familia; en ninguna parte son populares los nombres de los héroes y de los lugares célebres de la antigua Roma. Las mujeres sencillas repiten las palabras de *Via Appia* y de *Via Flaminia* para indicarnos vuestro camino; y Castigione cita el rasgo de un trastiberino, que al ir á la casa del podestá á declarar sobre el robo de un asno que era suyo, terminaba su queja y el elogio de aquel asno, diciendo: que cuando llevaba su albarda, parecia verdaderamente un Ciceron. *Che quando aveva il suo basto addosso, pareva propriamente un Tullio*. Por lo demas, los trastiberinos tienen un entusiasmo y un afecto ardiente por el Santo Padre; en los momentos de un peligro, seria necesario pasar sobre sus cuerpos ántes de llegar hasta él.

Habiamos llegado al pié del montecillo

en donde San Pedro dió testimonios á su divino Maestro. Una vía en zigzag, adornada con las estaciones del camino de la cruz, (*vía crucis*) rodea el flanco escarpado de la colina, y advierte al peregrino que está tocando una tierra santificada. Segun la opinion mejor fundada, el *Montorio* formaba parte, no del Janículo, sino del Vaticano. Así es como se justifica la expresion de los antiguos autores que colocan la crucifixion de San Pedro 1 en el monte Vaticano. Neron, irritado con la muerte de Simon el Mago y con las numerosas conquistas que el pecador de Galilea hacia en el seno mismo de la córte imperial, le mandó arrestar y arrojar á la prision Mamertina 2. El Apóstol no salió de allí, sino para ser atado á la columna que habiamos visto en Santa María Transpontina, cruelmente azotado, y luego condenado al suplicio de la cruz. El instrumento fatal fué levantado no léjos del palacio imperial, sobre una elevada cresta, desde la cual podia ser visto de léjos. Neron era muy capaz de haber elegido este lugar con el solo fin de gozarse en el suplicio del Pastor supremo, desde lo alto de sus balcones, como habia querido gozar de las angustias de las simples ovejas, haciéndolas servir de antorchas en sus jardines. Como quiera que sea, el Apóstol creyó que era mucho honor para él ser crucificado como su divino Maestro, y quiso que le clavaran en la cruz con la cabeza hácia abajo 3.

Los primeros cristianos, tan fieles en enseñar con monumentos durables todos los pasos de los Apóstoles, no podian dejar de guardar cuidadosamente la memoria

1 Baron., *Annal.*, t. I, an. 66, in not. ad marty, Rom, Junio 29.

2 Maxin. Taurinens., *Serm. V, in Natal. S. App S. Ambr., Serm. 68 contr. Auxent; Lactant., de Mortib. persacut.*

3 Orígen. apud Euseb., *Hist. eccl.*, lib. III, c. 1 S. Hierony., *in Catalog;* Prudent., *Peristephan hym. 12; S. Ambr., in Psal. 118.*

del lugar consagrado por la muerte de San Pedro, y de rodearlo de veneracion. El santuario que levantaron en el *Montorio*, ha llegado á ser con los siglos la bella iglesia que muy pronto vamos á admirar. Estando en la plataforma, desde donde la vista descubre las siete colinas y á Roma entera, fuimos recibidos por los religiosos que velan en el venerable montículo. ¡Singular destino! A los pobres hijos de San Francisco, á esos hombres mirados con los ojos profanos como la basura del mundo, es á quienes Dios á confiado, en Oriente y en Occidente, el cuidado de los lugares, por siempre célebres, en donde corrió la sangre de su Hijo y la de su vicario; gloriosa mision, digna recompensa de la humildad. Los buenos Padres nos introdujeron al convento, y de allí á la iglesia. A la derecha de la entrada, es preciso estudiar con cuidado la capilla Borgherini, pintada por Sebastian de Piombo, segun los dibujos vigorosos de Miguel Angel. Esta capilla es el resultado de la liga entre éste último y Sebastian su alumno favorito contra Rafael, que estaba colocado sobre Miguel Angel por la invencion y los coloridos. De esta lucha de gigantes, salió la *Transfiguracion*, que puso en manos del jóven Sanzio el cetro del arte. A la iglesia sucede el pequeño templo del Bramante. Este santuario íntimo, en forma de cúpula, y magníficamente adornado por las ofrendas de Felipe II, rey de España, señala el lugar mismo en donde San Pedro sufrió el martirio. En el centro del pavimento de mármol precioso, está la abertura esferoidal que sirvió de pedestal á la cruz. Prosternarse, orar, bendecir, amar, hé aquí lo que se hace espontáneamente, porque seria necesario ser ménos que un hombre para no sentirse profundamente impresionado al recuerdo del acontecimiento heróico de que fué testigo este lugar.